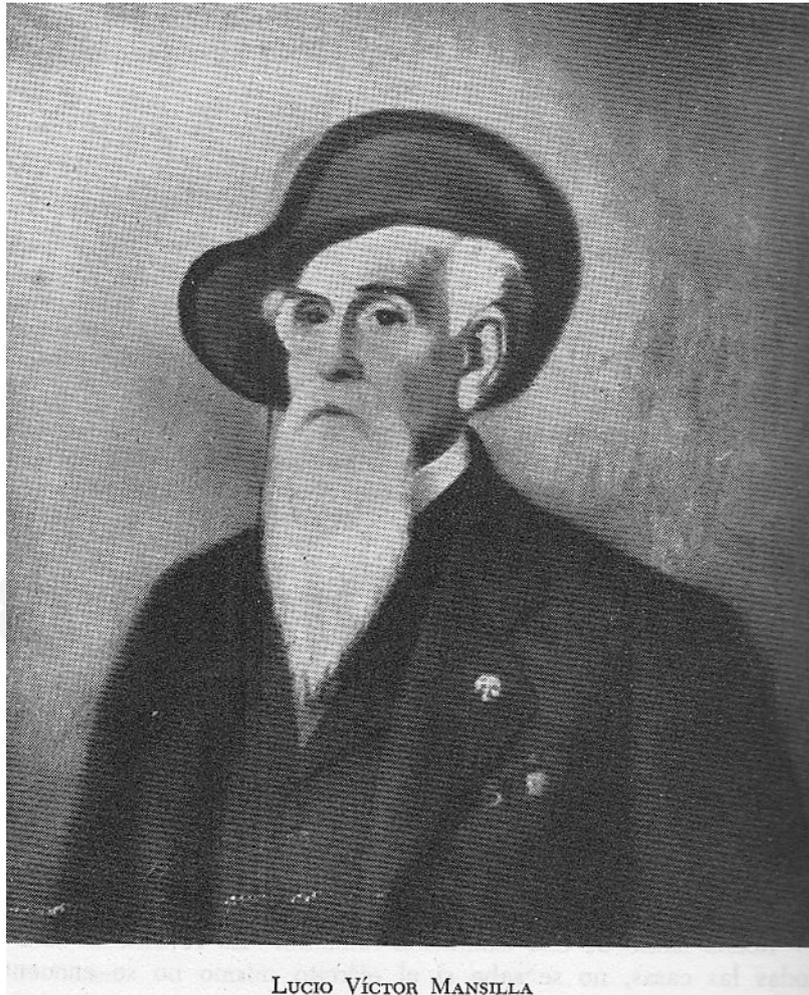


la revolución, que creyó haber dirigido, cuando supo que Pellegrini sería presidente y Roca volvía a manejar la política desde el ministerio del interior.



2. PRESIDENCIA PELLEGRINI: LA CRISIS Y LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA (1890-1892)

Pellegrini, presidente (7 de agosto).

A la asamblea que aprobó la renuncia de Juárez Celman no la presidía el vicepresidente de la República, presidente nato del senado. A esas horas Pellegrini estaba encerrado en su casa, Florida entre Viamonte y Tucumán, con un grupo de banqueros.

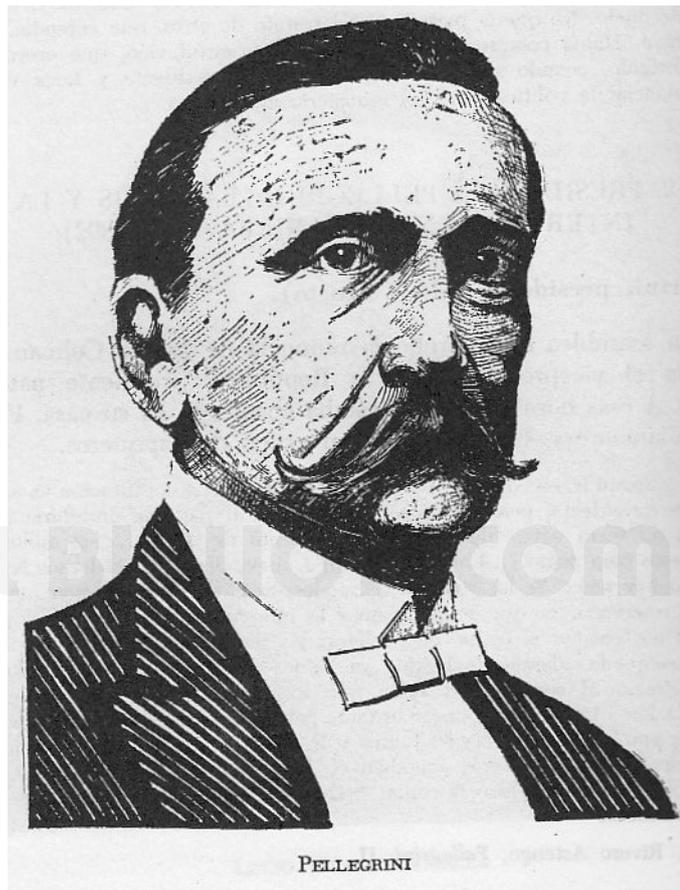
Según trascenderá los reunió para decirles: "La constitución va a hacerme presidente, pero la ruina que amenaza al país me prohibiría aceptar si no fuera capaz de evitarla... Necesito de ocho a diez millones de pesos para pagar en Londres de aquí a nueve días, y en el Banco Nacional no hay nada. Se los reclamo a ustedes. Será una contribución inmediata y reservada, porque si divulgamos lo que pasa, agravaríamos el pánico. Si no tenemos el coraje de apelar los bienes, perderemos todo lo que nos queda además de lo que ya hemos perdido... Invito a ustedes a entregar al contado esa suma que será una deuda de honor para la Nación". Lo llamaron en ese instante para decirle que la asamblea acababa de aprobar la renuncia de Juárez y le correspondía asumir la presidencia, mientras los banqueros anotaban el dinero que podían entregar. Cuando volvió Pellegrini, hizo la suma: "¡Dieciséis millones! Bueno; ahora sí soy presidente"⁵¹.

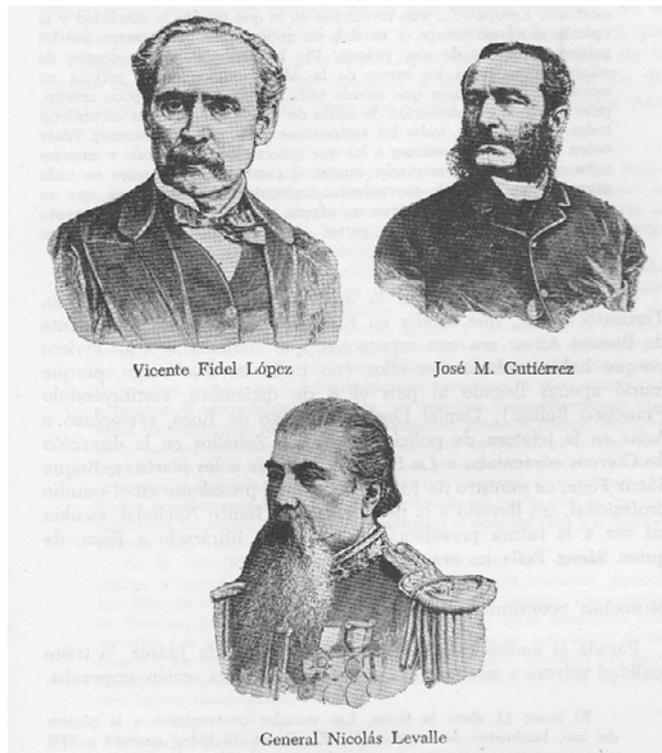
⁵¹ A. Rivero Astengo, *Pellegrini*, II.

Salió a la calle, con el papel en la mano. "¡El país está salvado! A mediodía del día siguiente, jueves 7 de agosto, prestó juramento: un gentío lo acompañó con la euforia de un cambio que suponía trascendental.

"No sólo en la plaza de Mayo, sino en las azoteas, en los balcones, encaramados en las ventanas, sobre los coches de los tranvías utilizados como palcos, en los carros municipales, una inmensa muchedumbre excitada, alegre, bulliciosa, esperaba la llegada del doctor Pellegrini, comentó *La Prensa* del 8. No estaba ausente el localismo porteño: era el segundo presidente de Buenos Aires y venía después de cuatro provincianos; pero, sobre todo, entusiasmaba la convicción que la caída de Juárez remediaba todo.

Formó su gabinete: Roca en interior, Eduardo Costa en relaciones exteriores, Vicente Fidel López en hacienda, José María Gutiérrez en instrucción pública, y Levalle que mantenía la cartera de guerra.





Roca volvía a dirigir la política, mientras Levalle —de la confianza del presidente— tenía el control de las fuerzas militares. Dos mitristas de envergadura, Costa y Gutiérrez (que prefirieron ser ministros de Pellegrini y no de Juárez), y un notorio antimitrista partícipe de la conspiración revolucionaria —Vicente Fidel López— completaban el gabinete ⁵².

⁵² López tenía 75 años. Era hombre del Parque, y Alem al saber su nombramiento le escribió aconsejándole renunciar "lo antes posible" la cartera.

El viejo historiador le respondió: "¡A mí nadie me impone plazos ni obligaciones!" en una nota que hizo leer a su hijo Lucio, miembro del comité central de la Unión Cívica y amigo de Alem (A. Rivero Astengo, *Pellegrini*, IV).

"No trataré de describirte lo que ha pasado: un terremoto en la cordillera --escribió el 5 de setiembre Pellegrini a Miguel Cané, que estaba en Europa— ... una revolución en la que triunfa la autoridad y la opinión al mismo tiempo, y no deja un gobierno de fuerza como son los gobiernos nacidos de una victoria. Me he recibido de un montón de escombros en todos los ramos de la administración, y en política un movimiento de opinión que sacude toda la República, un poco caótico, pues bajo esta denominación de moda de Unión Cívica están encubiertas todas las tendencias, todas las aspiraciones y todas las ambiciones. Poner orden en todo esto, contener a los que quieren derribarlo todo y empujar a los que quieren conservarlo, buscar el cambio de tendencias en cada situación sin consentir movimientos anárquicos, es una tarea que es posible gracias al concurso que me ofrece, con toda decisión, el elemento conservador y sano en todas partes ... ¿Llegaremos a la orilla? Creo que sí" ⁵³.

En los altos puestos de la administración guardó equilibrio. Torcuato Alvear, que estaba en Europa, fue nombrado intendente de Buenos Aires: era una reparación, que contentaba a los cívicos porque había andado con ellos (no pudo hacerse cargo, porque murió apenas llegado al país el 8 de diciembre, sustituyéndolo Francisco Bollini); Daniel Donovan, amigo de Roca, reemplazó a Arias en la jefatura de policía; Estanislao Zeballos en la dirección de Correos contentaba a *La Prensa* y también a los juaristas; Roque Sáenz Peña, ex ministro de Juárez y socio del presidente en el estudio profesional, era llevado a la presidencia del Banco Nacional, escalón tal vez a la futura presidencia si conseguía filtrárselo a Roca, de quien Sáenz Peña no era amigo.

Situación económica; la cumbre de la crisis. .

Pasada la embriaguez que siguió a la caída de Juárez, la triste realidad volverá a mostrarse. La crisis seguía; quizá recién empezaba.

El lunes 11 abrió la Bolsa. Las miradas convergieron a la pizarra del oro, barómetro de la situación. El sábado 25 había cerrado a 317, y el pronóstico optimista de que el peso volvería a la par, hizo que muchos vendieran el metal poseído. La primera anotación —240— no contentó a nadie, aunque el oro había bajado casi ochenta puntos. Se atribuyó al gobierno que había comerciado 16 millones papel para remitir oro a Londres. Luego las ventas se detuvieron, y cerrará a 280. ¡Para ganar treintisiete centavos se había combatido cuatro días en las calles de Buenos Aires y expulsado a un presidente!

La situación financiera no se había capeado; lo ocurrido hasta entonces era apenas un prólogo de lo que vendría después. No se trataba que gobernase el débil Juárez o el fuerte Pellegrini, ni que el imaginativo Varela o el

prudente López estuviese a cargo de la cartera de hacienda. La crisis obedecía a leyes inexorables. En diciembre el oro estará a 320: ¡más que el día de la revolución! Aún llegará a cifras mayores.

Los bancos seguían sin dinero, y por lo tanto no daban crédito. Había que vender a bajo precio los títulos comprados en alza, o quemar en diez centavos la tierra adquirida en diez pesos el año anterior. No se construía ni elaboraba nada; las sociedades anónimas, tan acrecidas entre 1886 y 1889, liquidaban o quebraban. El oro subía incesantemente.

La inmigración estaba detenida porque el escaso trabajo se pagaba con mal salario; quienes podían hacerlo, volvían a su Europa natal desengañados de la tierra prometida. En los barrios "pobres" (el de los turcos de Reconquista y Viamonte, apenas a tres cuadras de Florida) la miseria era palpable y oliente. Las familias vivían en las calles porque los estrechos cuartos de los conventillos, hacinados de jergones, sólo daban para dormir: en la calle las mujeres cocinaban lo poco conseguido, o lavaban y remendaban sus ropas; los hombres melancólicamente sentados esperaban que les llegase la repatriación fumando puchos recogidos en la basura; los niños haraposos y macilentos no tenían ni fuerzas para jugar. En las orillas criollas la situación era peor, pues ni siquiera quedaba la esperanza de conseguir una repatriación que los sacase de ese infierno⁵⁴. Todos, posiblemente, habían cantado ilusionados el *¡ya se fue!* en los días bulliciosos de agosto; se había ido Juárez pero la desocupación y el hambre estaban cada vez más presentes.

En la calle Florida los comercios cerrados, o con escasos concurrentes y mercancías, expresaban con elocuencia el marasmo general. Las filas de coches lujosos que recorrieron el año anterior las avenidas de Palermo, quedaron reducidas al *mail-coach* de algún estanciero conservador (de aquellos que no mejoraron sus estancias con dinero de los bancos), los únicos salvados del desastre. Los teatros cerraban sus puertas faltos de público, los restaurantes estaban desiertos, los sitios de diversión habían desaparecido.

Plan Pellegrini-López.

El presidente sereno ante el desastre (ya se le decía "piloto de tormentas") confiaba en su "gran muñeca" para llegar a la orilla (los sinónimos hípicos eran habituales en Pellegrini, gran aficionado a las carreras de caballos). No tan optimista era el ministro de hacienda.

⁵⁴ "Ya en febrero de 1889 las autoridades de la iglesia católica de Irlanda se habían alarmado tanto por la suerte de sus fieles, que el arzobispo de Cashel publicó una carta pastoral aconsejando a los irlandeses que no emigraran a la Argentina. En abril hubo una protesta procedente de un sector no eclesiástico: el representante Bradlaugh preguntó al gobierno si era cierto o no que sólo 9.536 de los 22.749 inmigrantes que habían desembarcado en Buenos Aires en noviembre de 1888 habían podido obtener trabajo" (H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*). El 15 de julio el encargado británico en la Argentina informaba a su cancillería que "la corriente de inmigración se había detenido, y salía más gente de la que entraba" (H. S. Ferns, *o.c.*). En marzo de 1891 informa "la desocupación y pobreza debido al enorme costo de los artículos más necesarios para la vida" (*o.c.*).

"No sé si hubiera sido preferible para el país y para quienes hemos sacrificado nuestro patriotismo y nuestros desvelos en sacarlos del abismo —dirá López—, que la ciega obcecación del gobierno anterior hubiese seguido su desborde hasta estrellarse contra la bancarrota exterior e interior que ya tenía encima, para que el gobierno que le sucediera no hubiese heredado esa sucesión ilíquida y desastrosa que pone a prueba la resignación, los sacrificios y hasta la reputación personal"⁵⁵.

¿Qué hacer en 1890 para que los bancos oficiales no cerrasen sus ventanillas, el comercio encontrase oxígeno y sobre todo para despreocuparse de los acreedores de Londres con sus vencimientos semestrales a oro? ... López tenía un plan a larga distancia. Consecuente con sus ideas proteccionistas quería aumentar los aranceles a los alcoholes y azúcar a fin de favorecer las industrias internas, cobrar en oro los impuestos a la importación, gravar las ganancias de las empresas extranjeras y los depósitos en los bancos foráneos, poner un fuerte impuesto a las compañías de seguros con sede fuera del país. Completaba su propósito la anulación del contrato de las Obras Sanitarias, que tanta oposición levantó en tiempos de Juárez⁵⁶. El ministro era nacionalista en el orden económico y atribuía el malestar a la influencia extranjera de cuyas inversiones desconfió siempre⁵⁷.

Su nacionalismo económico no le impedirá —había muchos como él— mostrarse tremendamente antipopular en sus estudios históricos. Su ideal político era una aristocracia a la inglesa, pero sin ingleses.

El plan financiero de López era ilusorio. Inobjetable en tiempos de bonanza su propósito de recuperar algo de la independencia económica, pero en la tremenda crisis del 90 agravaba el costo de la vida al aumentar los aranceles aduaneros, y recargaba la deuda exterior comprando las Obras Sanitarias. Eso podía dejarse para mañana, pero hoy ¿cómo pagar los servicios de la deuda, y afrontar la falta de dinero de los bancos oficiales?

Pellegrini, el hombre de los empréstitos exteriores, tenía desde antes de asumir la presidencia pensada la solución. Arreglar en Londres un empréstito a oro (al que no se negarían los ingleses visto su objeto) a fin de cubrir los servicios de la deuda certificada y garantías ferroviarias en lo que restase del período presidencial. Y mejorar la apariencia del estado interno imprimiendo papel, que los bancos oficiales prestarían al comercio. Deudas para pagar deudas; y el que viniese atrás, que arrese.

Objetivo pasible de críticas malintencionadas por las suculentas comisiones de todo empréstito. Pero ahí estaba la venerable figura de López con su honorabilidad indiscutida para tapar las maledicencias. Aceptaría al ministro de hacienda sus remedios proteccionistas —que el presidente compartía en tesis general—, coordinándolos con la

emisión y el empréstito. Convenció a López que ir a la moratoria no era correcto en caballeros que tenían a las deudas públicas como deudas de honor, y además podía producir una intervención británica. Convencido López aceptó los proyectos del presidente (que unidos a los suyos formaron el plan Pellegrini-López), aunque "sacrificase su patriotismo y reputación personal" según sus palabras.

Es evidente que la moratoria hubiese derivado en problemas internacionales que la Argentina no podía afrontar. Si las magras medidas proteccionistas de López estuvieron por desatar una intervención británica en 1892 —como veremos—, ¿qué no hubiese ocurrido declarando el gobierno que no pagaría a los acreedores ingleses? Para resistir una intervención debe haber espíritu nacional y la Argentina de 1890 era una factoría de mentalidad colonizada pese a algunos atisbos nacionalistas (como en López precisamente).

Pero sin ir a la moratoria abierta se pudo tratar con los acreedores las *quitas* y *esperas* que exigía la situación. Los acreedores preferirían siempre este expediente a la moratoria y la intervención. Podría afrontarse de esa manera el problema de los servicios semestrales. Pero eso no lo entendía Pellegrini, que era un caballero, ni López, que jamás dejó de pagar íntegramente, y a tiempo, una deuda suya.

Quedó elaborado el contradictorio plan Pellegrini-López. En el exterior: pagar las deudas con deudas; en el interior, más emisión de papel y una política proteccionista completada con economías en el presupuesto y saneamiento de los bancos oficiales.

⁵⁵ J. A Terry, *La Crisis*.

⁵⁶ La concesión de las obras de salubridad consiguió anularse, indemnizando a la *Water Supply* con 25 millones en títulos.

Correlativamente con la liquidación de Baring, se produjo una baja de los títulos y acciones argentinas en la bolsa de Londres. Las acciones del F.C. Central Argentino descendieron de 174 a 100, las del Sur de 187 a 16. *The Economist* calculaba la baja general de títulos nacionales hasta agosto de 1891 en 13.000.000 de libras; los títulos provinciales, que representaban 30.000.000 de libras en enero de 1890, no alcanzaban a 10 millones seis meses después.

⁵⁷ "¿Qué somos ahora? —se preguntaba López en la cámara de diputados de la Nación en 1873—... No somos sino agentes serviles y pagados a módico precio de las plazas extranjeras" (Cámara de Diputados, *Diario de sesiones de 1873*, pas. 261 y sigs.).

En setiembre se emitieron 60 millones: 25 para que el Banco Nacional mantuviese abiertas sus ventanillas; 25 para que el Hipotecario Nacional cumpliera el servicio de sus cédulas, y 10 a fin de que la municipalidad de Buenos Aires, cuyo estado era desastroso, hiciera frente a sus obligaciones perentorias. El Banco de la Provincia y el Hipotecario provincial serían ayudados por su gobierno, que tenía algún remanente de la venta del ferrocarril Oeste.

En octubre se encargó a Victorino de la Plaza gestionar en Londres un empréstito de 20 millones de libras esterlinas destinado exclusivamente a pagar los servicios de bonos y garantías ferroviarias durante los próximos tres años; y si quedaba algún sobrante remitirlo en ayuda del gobierno.

La parte de economías se llevó al extremo. Quedó demorada la entrega del crucero *25 de Mayo* —que se construía en Londres por la posibilidad de una guerra con Chile—, porque se adeudaban 20.000 libras esterlinas del total.

Crisis "Baring" (octubre de 1890).

La casa Baring Brothers era la tradicional banquera de casi todas nuestras operaciones de crédito desde los tiempos de Rivadavia. En 1888 había suscrito el bono por el *empréstito de Obras Públicas*, obligándose a entregar 21 millones de pesos oro a cambio de 25 millones de bonos a colocar en el mercado londinense.

Baring anduvo remiso en el lanzamiento de los títulos, y la iniciación de la crisis argentina lo tomó con un paquete considerable en cartera. Como la prensa londinense se había hecho eco de la caída de valores en la Bolsa de Buenos Aires, las quiebras de empresas, y finalmente del rumor que el gobierno no estaba en condiciones de afrontar el pago de la deuda externa, la cotización de los títulos argentinos descendió vertiginosamente. Baring encontró así que había cambiado oro por papeles sin mayor valor. Falto de capital, se arrastró un tiempo con expedientes dilatorios, pero su situación tocó fondo en octubre de 1890. Debía recurrir al Banco de Inglaterra, cuyo gobernador —dice Ferns— "estaba seguro que si Baring caía, el alud que se precipitaría (sobre los bancos ingleses) para sacar el oro, podría hasta derribar al mismo Banco de Inglaterra cuya reserva de 10.815.000 libras esterlinas habría sido enteramente insuficiente" ⁵⁸.

Por iniciativa del Banco de Inglaterra se formó un consorcio internacional de banqueros presidido por Rothschild —la *comisión Rothschild*—, a fin de proceder a la liquidación de Baring. "Liquidar los haberes de Baring —dice Ferns— significaba en gran parte obtener de la Argentina buen dinero en suficiente volumen"; a ese efecto el vizconde Goschen, canciller del Exchequer (cargo que equivale a ministro de hacienda británico), debía "ejercer su influencia sobre el gobierno argentino" ⁵⁹.

⁵⁸ O. c.

⁵⁹ O. c.

"Arreglo Plaza".

Hemos visto que Pellegrini comisionó a Victorino de la Plaza a Londres a fin de gestionar el empréstito que pagaría la deuda exterior exigible en los próximos años, quitando esa preocupación al gobierno. Se calculaba que veinte millones de libras bastarían, y sobraría un pico.

El comisionado llegó a Londres en noviembre de 1890 encontrándose con la crisis Baring, la *comisión Rothschild* y otras comisiones —acreedores ferroviarios, tenedores de bonos, de cédulas hipotecarias, síndicos del concurso de Murrieta y Cía. (provocada por la baja de los títulos provinciales), etc. —, que reclamaban imperiosamente la devolución de su dinero invertido en la Argentina.

Plaza fue oído por Rothschild. Su pedido de más dinero (aunque fuera con el santo propósito de pagar las deudas externas apremiantes) se discutió agriamente y dividió a los liquidadores. Los banqueros alemanes y franceses se negaron a desembolsar más, sabiendo que sus créditos estaban garantizados y podían ejecutarse. Pero ejecutar significaba intervenir en la Argentina apoderándose de la aduana, y ésto era un extremo que no convenía a Inglaterra (principal acreedor) sino después de agotadas las otras posibilidades.

Finalmente los acreedores ingleses (los franceses y alemanes se separaron) llegaron a un acuerdo con Plaza. Se acreditarían en Londres 75 millones en oro para cubrir intereses, amortizaciones y garantías ferroviarias durante tres años, pero el gobierno argentino giraría para ayudar a Baring —convertidos en oro— cincuenta de los sesenta millones de pesos que acababa de emitir. Plaza argumentó con la caída de los bancos oficiales al encontrarse sin ese dinero, y el perjuicio que traería a la cotización del oro en Buenos Aires si el gobierno compraba metálico por tanto valor; "la vida sería intolerable y hasta podía estallar una revolución" ⁶⁰. Fue inútil. Sin mandar previamente los cincuenta millones de pesos, aunque cerrasen los bancos argentinos, no habría empréstito en libras.

Pellegrini cambió en oro los cincuenta millones (el oro subió a 333) mandándolos a Londres a la orden de Rothschild. "El poco stock metálico que tenía el país quedó agotado" dice Terry, y el público empezó a retirar sus depósitos porque la inseguridad de los bancos oficiales trascendió. Pero eso lo veremos después.

Cumplida la formalidad, Rothschild respaldó a la casa Morgan y Cía. el llamado *empréstito-moratoria*: se darían al gobierno argentino 75 millones de pesos oro al 6% de interés "en condiciones más que deprimentes para el honor del país y del gobierno" dice Terry ⁶¹. En realidad no diferían mucho del "arreglo Pellegrini" de 1885.

⁶⁰ H. S. Ferns, *o. c.*

Morgan acreditaría en sus libros el monto total, deducidos los gastos y comisiones, que destinaría al pago de todos los servicios de la deuda argentina durante tres años. Emitiría bonos por 75 millones, a pagarse y amortizarse durante los tres primeros años con la cantidad acreditada; estos bonos serían recibidos en la aduana argentina (que exigía el pago de aranceles a oro) por su valor a la par; el gobierno argentino depositaría diariamente, tomándola de la recaudación, una cantidad de oro bastante a juicio de un agente de Morgan acreditado en Buenos Aires; el gobierno se obligaba a no contraer empréstitos exteriores durante tres años, y retirar de la circulación quince millones de pesos anuales durante el mismo tiempo.

A López, más nacionalista que el presidente, le quedó el derecho al pataleo. En noviembre, al tiempo de concertarse el "arreglo", ministro inglés en Buenos Aires, Pakenham, informa a Londres que el ministro argentino acusaba a los bancos extranjeros de "acumular oro en sus bóvedas, proveer así a viciosas especulaciones, y distribuir grandes dividendos en momentos de crisis" ⁶². López prohibió la venta de oro en la bolsa, declaró ilegal la circulación de monedas extranjeras; en diciembre gravará con un 2% los depósitos en bancos extranjeros con el propósito de favorecer los bancos oficiales; en enero de 1891 creó un impuesto de 7% a los beneficios de las sociedades extranjeras, y un fuerte derecho de patente a las empresas extranjeras de seguros. No llevaba otro propósito que beneficiar a las compañías argentinas, conforme al viejo proteccionismo del ministro, pero en Inglaterra se tomará como algo absurdo en un país sometido ⁶³.

Marzo negro.

Al trascender que los cincuenta millones destinados a los bancos oficiales habían debido girarse a Londres, el pánico cundió —como vimos—, temiéndose por la estabilidad de los institutos oficiales. Hasta el Banco Provincia, el coloso que había salvado todas las crisis, sufrió una corrida en la primera semana de marzo de 1891.

⁶¹ J. A. Terry, *Finanzas*.

⁶² H. S. Ferns, *o. c.*

⁶³ "Cuando en Londres se conocieron estas medidas, el marqués de Salisbury (ministro de relaciones exteriores) solicitó a los juristas de la Corona que consideraran si el gobierno argentino y las autoridades provinciales y municipales (se había prohibido un aumento de tarifas a las empresas de tranvías y gas a causa de la pobreza existente) estaban violando o no los términos del tratado de 1825" (H. S. Ferns, *o. c.*).

Pellegrini llamó a reunión de *notables* para que aconsejaran las medidas prudentes. El 6 de marzo acudieron a la casa de gobierno las personalidades de la universidad, comercio, parlamento, periodismo, bolsa, ex ministros de hacienda, etc. Entre ellos — para mencionar sólo a quienes hablaron— Romero, Rufino Varela, Francisco Uriburu, Pacheco, Terry, Quintana, del Valle, Gorostiaga, Ernesto Tornquist, William Paats, general Mansilla y Agustín de Vedia. Planteó Pellegrini el problema bancario e

indicó dos soluciones proyectadas; una, del gobierno, que era emitir por la Caja de Conversión *notas metálicas* a la cotización de 200, que serían admitidas en pago de los aranceles de aduana y servicios hipotecarios; la otra, por la Bolsa, de suscribir un empréstito interno por cien millones papel. En ambos proyectos el producto se entregaría a los bancos oficiales para hacer frente a sus compromisos.

Los participantes rechazaron la emisión, que habría significado una moneda intermedia entre el papel y la metálica, y, sin mucho entusiasmo, se adhirieron al empréstito interno (que a juicio de algunos no llegaría ni a veinte millones). Del Valle trajo a colación el problema político porque "ésta no es una mera cuestión monetaria: es una cuestión política, moral y económica. Creo que están conmovidos todos los resortes de la sociedad argentina, y nos amenazan en este momento como nación". Dijo grandes verdades: "Un país no puede salvarse en situaciones de este género sino a condición que el pueblo se una a su gobierno. Si el pueblo anda por un lado, y el gobierno por otro, todos éstos son remedios efímeros... Hemos llegado a suponer lo que más degrada a los pueblos y que no debería recordarse siquiera en el vocabulario argentino: la posibilidad de una dictadura militar". Proponía "cambiar el sistema político fundamentalmente: el gobierno dando garantías al pueblo, y el pueblo dando garantías al gobierno", que sólo podía hacerse por elecciones libres en toda la República. Pellegrini aceptó "la relación forzosa que debe existir entre la situación política y la situación financiera", y "lo que hoy sucede es hijo legítimo de los errores cometidos en treinta años". Cortó el diálogo Quintana, considerando que "la crisis que atraviesa el país es demasiado compleja: es militar, política, económica..., pero el objeto de esta invitación nos restringe a ocuparnos de los fines a que ha sido hecha".

Finalmente se aconsejó el empréstito interno (los exteriores los prohibía el "arreglo Plaza") por cien millones al tipo de 75 y al 6% de interés. Mientras se suscribía, el gobierno declararía un feriado bancario (debate en Pellegrini, *Obras*, IV).

La suscripción fracasó. Apenas se cubrieron cuarenta millones nominales, que significaron veintiocho efectivos.

No había más remedio que suspender las operaciones de los bancos oficiales. Así se hizo por decreto del 7 de abril, convertido en ley el 22 de junio.

El Banco Nacional no se levantó más, y será liquidado definitivamente por ley del 16 de noviembre de 1893. El de la Provincia pudo mantenerse gracias a continuas moratorias (agosto de 1891 por cinco años, ampliada a diez en enero de 1895 y prorrogada otros dos años en setiembre de 1904).

La caída de los bancos oficiales se contagió a los particulares que sufrieron corridas; cinco de ellos debieron cerrar sus puertas.

"Habíase detenido el péndulo de la vida en el gran mecanismo comercial y económico —dice Terry—. No había moneda en circulación, no había crédito, no había confianza. Nadie compraba y nadie podía vender, aun a vil precio. La vida encarecía por momentos, faltaba el trabajo, y a los horrores de la realidad se agregaban las creaciones fantásticas de imaginaciones enfermas por el miedo" ⁶⁴.

Posibilidades de una intervención británica.

Las angustias del *marzo negro* de 1891 se tradujeron en una reacción general contra los ingleses. Había sido por culpa de ellos que los cincuenta millones, que hubieran salvado a los bancos oficiales y detenido tal vez la crisis, siguieron otro rumbo. En junio el ministro inglés en Buenos Aires, Packenham, informa a lord Salisbury, primer ministro de Inglaterra y a la vez canciller a cargo de las relaciones exteriores, que "reina un sentimiento antibritánico"; el agregado comercial, Herbert, "duda que pueda permanecer en el país" porque "el trato social entre argentinos e ingleses está cesando" ⁶⁵.

Los diarios londinenses protestaron por los impuestos a los depósitos en bancos extranjeros, a las sociedades anónimas foráneas y sobre todo por la fuerte patente que gravaba las empresas británicas de seguros. Hablan derechamente de *intervención*, y dicen que se ha violado el tratado de 1825. Salisbury, interpelado en el parlamento, ha hecho estudiar la pretendida violación, que los juristas de la Corona despacharon negativamente.

La agitación sigue, aumentada con la guerra civil encendida en Chile en esos momentos que amenaza los intereses ingleses y norteamericanos en el Pacífico. Una *entente*, como la anglofrancesa de 1842, podría anudar a una y otra potencia en una acción conjunta en América del Sur.

El 24 de julio el gerente del Banco de Londres en Buenos Aires entrevista al subsecretario inglés de relaciones exteriores, sir James Fergusson, pidiendo "la intervención conjunta (Inglaterra y Estados Unidos) en la Argentina", sola medida a su juicio que "puede establecer un buen gobierno allí...". Le pinta con negros colores la situación económica y caos político existentes que perjudicaban las inversiones inglesas: "lo más efectivo sería que alguna potencia, de acuerdo con otras, interviniera estableciendo un gobierno provisional. Ninguna tan interesada como Gran Bretaña". Fergusson redacta un memorándum con la solicitud del gerente que eleva al *premier* Salisbury. "¡Sueños!" acotará al margen la prudencia de éste.

El 29 Salisbury habla en Mansión House para detener la presión de la City que exigía la intervención conjunta con los Estados Unidos en la Argentina y Chile. "Hemos sido presionados, seriamente presionados —dijo el primer ministro— para que asumamos el papel de árbitro compulsivo en las disputas que se registran en América del Sur... también hemos sido seriamente presionados para que emprendamos el saneamiento de las finanzas argentinas". Agregó que si bien Canning si resucitase, "se sentiría muy decepcionado por lo que vería en América del Sur, Gran Bretaña debería aferrarse a la política de Canning de no intervenir (directamente) en los Estados americanos" ⁶⁶.

⁶⁴ J. A. Terry, *La crisis*.

⁶⁵ H. S. Ferns, *o. c.*

Necesidad de un banco de Estado.

En medio del desastre hay un vislumbre de esperanza: las cosechas de 1890 y 1891 han sido excelentes, y como son muchas las hectáreas sembradas el producido de trigo, maíz y lino decuplica el de cinco años atrás. Solamente en rubros agrícolas se exportaron en 1890 25 millones de pesos oro, el monto total de las exportaciones sobrepasa ese año los cien millones oro contra noventa de las importaciones. La balanza comercial favorable se acentúa en 1891 gracias a las medidas proteccionistas del *plan López* que reducen la compra en el exterior de vinos, alcoholes, cervezas y azúcar. Con un poco de suerte el país recuperaría por el trabajo lo perdido por la especulación.

Sin bancos y sin crédito, la naciente industria y la producción agrícola y ganadera no tenían mayores perspectivas. "De esta situación —dice Terry— surgió la idea de fundar el actual Banco de la Nación, particular en el proyecto y oficial en la realidad" (*Finanzas*).

Ayuda norteamericana.

Como los capitales británicos o alemanes para crear el Banco serían pagados a precio demasiado alto, en el caso hipotético de conseguirse, y la fobia contra los ingleses era mucha, Pellegrini buscó el apoyo norteamericano.

⁶⁶ *Times*, 30 julio 1891 (transcr. por Ferns, *o. c.*). Entre paréntesis mío.

"Pocos días después del discurso de Salisbury la casa Morton, Rose y Cía. escribió a Salisbury para sugerir un plan modificado de intervención en virtud del cual se nombraría un enviado especial británico a la Argentina a fin de que vigilara la economía del país y aconsejara al gobierno argentino sobre la política que convenía adoptar" (H. S. Ferns, *o. c.*). Salisbury no creyó prudente el enviado oficial, pero ofreció "presentar al gobierno argentino a cualquier representante que los círculos financieros nombraran" (*o. c.*).

El 3 de junio de 1891 el ministro norteamericano en Buenos Aires, Pitkin, informa al secretario de Estado de su país, John Blaine, que "los capitalistas europeos y especialmente los ingleses estaban dispuestos a prestar ayuda, pero que el presidente prefería tratar con nuestros capitalistas y emplear plata metálica (en vez de oro)". Agregaba Pitkin que "la gente se ha indisputado con Inglaterra en forma bien notable", y por eso dirigía sus miradas a "la Gran República" aconsejando el empleo de capitales norteamericanos en forma de *dóllars* de plata (en la proporción de 16 a 1 con el oro), con lo cual no solamente se ganaría dinero "con suma facilidad" sino que los "capitalistas americanos podrían dictar sus propias condiciones" dado el estado de crisis de la Argentina ⁶⁷.

El Banco de la Nación Argentina (15 de octubre).

Blaine contestó de conformidad, o Pellegrini lo creyó así. Sobre esta promesa se creó el *Banco de la Nación Argentina* por ley del 15 de octubre de 1891: tendría un capital de 50 millones distribuido en 500.000 acciones de cien pesos cada una, que no se lanzaron a la circulación a la espera de concretarse la oferta norteamericana. Por el momento el gobierno entregaba un bono de 50 millones facilitado por la Caja de Conversión, porque era urgente empezar las operaciones. Se designó un directorio de gran honorabilidad presidido por Vicente Casares, y el 26 de octubre la nueva entidad abrió las puertas.

Como veremos, la plata norteamericana no llegaría nunca. El bono continuó como único capital del banco, que fundado como entidad fiscal "provisoria" siguió provisoriamente fiscal hasta que una ley de setiembre de 1904 lo oficializó definitivamente.

Los comienzos fueron difíciles. Pero a poco, en parte por la garantía que significaban sus directores, en parte porque los gobiernos cuidaron de no inmiscuirse en la concesión de créditos a fin que no ocurriese lo del Banco de la Provincia y el Nacional, el Banco de la Nación consiguió afirmarse plenamente. Su "independencia" será más respetada en la Argentina posterior a 1891 que la del poder judicial.

La política proteccionista, la disminución de los gastos, el Banco Nación... y las buenas cosechas permitieron "llegar a la orilla" —como escribía Pellegrini a Cané al empezar su gobierno— con evidentes síntomas de mejora en el estado económico interno. Al abrirse el Banco Nación en octubre de 1891 la cotización del oro alcanzaba su máximo: 446. Un año después, al terminar la presidencia de Pellegrini, estaba en descenso: 310. Pero quedaba en pie el problema más grande: el de la deuda exterior.

⁶⁷ T. M. Mc. Gann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*. Dice el autor que era tal el interés de Pellegrini que "¡el gobierno argentino pagó el telegrama del ministro estadounidense!".

Resurge la amenaza de intervención británica (octubre).

La intervención conjunta que Salisbury había rechazado en julio, como vimos, volvió a renacer en octubre. Pero ahora de Inglaterra junto con Alemania, cuyos intereses financieros y comerciales en la Argentina aumentaban a medida que decrecían los británicos.

Miguel Cané informa de París a Roque Sáenz Peña, candidato presidencial, en carta del 21 de octubre: "Estamos al borde del abismo. Sabes que mido mis palabras, sabes que no me alarmo de las sombras; te puedo garantizar, te lo garanto, que el gobierno inglés se está poniendo de acuerdo con Alemania, para dejarnos cocer en nuestro propio jugo dos años más (el tiempo de las moratorias), llegar al abismo de las vergüenzas y del desquicio, y luego en nombre de los intereses de sus nacionales comprometidos, en nombre de la indignación misma, imponernos la intervención de la Europa en forma de una comisión financiera encargada de recaudar nuestros impuestos ... El golpe está montado y es terrible. Si llegan a poner las manos sobre nuestro país, por más promesas que hagan de pronta desocupación, ¡adiós nuestra independencia! ¿Qué vamos a hacer contra la Alemania y la Inglaterra reunidas? ¿Luchar, morir?... Roque: si vieras a algunos ingleses que tienen en títulos argentinos más de un millón de duros, frotarse las manos al recibir las últimas noticias y esperar el caso como el principio del fin; si leyeras el artículo del marqués de Lorne publicado en la *Deutsche Revue* incitando a Alemania a apoderarse de nuestro país, si sintieras como yo esta atmósfera que se condensa por momentos y que forma en Europa la conciencia de que somos incapaces de gobernarnos, vivirías con verdadero espanto del porvenir. Compadezco a los hombres que gobiernen nuestro país dentro de un año" ⁶⁸.

Una escuadra norteamericana en Buenos Aires (marzo).

La respuesta definitiva de Blaine al pedido de dinero para fundar el Banco de la Nación llegó en marzo de 1892 condicionado a cláusulas inaceptables: se daría la plata norteamericana por un equivalente, no ya de cincuenta millones argentinos, sino de ciento; pero el Banco sería manejado por un directorio estadounidense y bajo una reglamentación que lo hiciera dueño absoluto del crédito en el país. Naturalmente, debió rechazarse ⁶⁹.

⁶⁸ Sáenz Peña entregó la carta a Estanislao Zeballos (ministro de relaciones exteriores en octubre de 1891), y éste la publicará en la *Revista del Plata*, t. XXII, 1905.

⁶⁹ H. S. Ferns, *o. c.*; algo revela T. F. Mac Gann, *o. c.*

Estados Unidos y Chile en 1891 y 1892. Había un conflicto entre Estados Unidos y Chile: en este último país se había producido la revolución de 1891 que enfrentó al presidente Balmaceda con el congreso, terminada después de las batallas de *Concon* y *La Placilla* por la derrota del presidente (que refugiado en la legación argentina acabó por suicidarse el 19 de setiembre). Esta guerra civil significó, en líneas generales, el enfrentamiento de una naciente oligarquía mercantil y financiera contra la vieja aristocracia dueña de la tierra: "Los nuevos ricos —dice Carlos Keller— arrasaron sencillamente con el estado honrado y probó de estilo antiguo; desde entonces la Nación fue el botín del dinero que dominaba en el parlamento" ⁷⁰.

Pero eso ocurrirá luego. En setiembre de 1891 una ola de patriotismo tomó a los militares y marinos que ganaron la revolución, y las empresas norteamericanas establecidas en Antofagasta se vieron, o creyeron, amenazadas en sus privilegios y pidieron la intervención de su gobierno.

No había llegado a Buenos Aires la oferta de dinero condicionada que hacía Blaine, cuando Pitkin en nombre del secretario de Estado norteamericano preguntó a Zeballos por la ayuda que la Argentina prestaría a los Estados Unidos en un conflicto con Chile. Tal vez por hallarse pendiente la prometida financiación, el ministro de relaciones exteriores prometió una "ayuda moral" (30 de enero de 1892). Ante la insistencia de Pitkin por algo más concreto, parece que Zeballos —así informa el diplomático estadounidense a su gobierno aceptó "suministrar ganado y otros productos a los Estados Unidos en Antofagasta" ⁷¹.

En marzo llega una escuadra norteamericana a Buenos Aires, al tiempo de concretarse las condiciones de Estados Unidos a la entrega de la plata prometida (diplomáticamente dejadas de lado por el gobierno argentino). Aunque no se hizo público, era evidente que el destino de la escuadra era Antofagasta; pero quedó en Buenos Aires a la espera de concluirse las negociaciones de Estados Unidos con el nuevo gobierno de Chile.

La oferta de plata norteamericana y la presencia de la escuadra en Buenos Aires fue aprovechada por Zeballos a fin de paralizar la posible intervención europea que había denunciado Cané en octubre anterior. Puso la oferta norteamericana "de manera estrictamente confidencial" —sin decir ni las condiciones de ella, ni que había sido rechazada— en conocimiento del encargado inglés de negocios, Herbert, agregando el astuto canciller que la escuadra estadounidense en Buenos Aires venía en defensa de la doctrina de Monroe (28 de marzo) ⁷². Alarmado Herbert, informó ese mismo día a su gobierno haber sido enterado por una alta autoridad argentina, que los norteamericanos "habían hecho dos o más ofrecimientos de suministrar al gobierno argentino el dinero equivalente a cien millones de pesos", y hallarse la escuadra norteamericana en Buenos Aires porque "el gobierno de los Estados Unidos está dispuesto a impedir aquí toda intervención extranjera en el caso que surjan dificultades por la deuda externa argentina". Como no era el caso de demorar la información, al día siguiente —29— Herbert despachó a Salisbury "el telegrama cifrado más extenso de la historia de la legación británica" según Ferns, adelantándole todo lo que ocurría.

Salisbury inquirió al gobierno norteamericano por esa actitud, al tiempo que el Times de Londres daba la noticia de una ayuda norteamericana a la Argentina que "se traducía en la entrega de cien millones, entre otras cosas", y que "una escuadra estadounidense tuviese su base de operaciones en el Plata". Pitkin desmintió terminantemente, pero Zeballos se ingenió para hacer creer a Herbert que las propuestas las habla traído el almirante de la escuadra —ésta ya se había retirado de Buenos Aires porque el problema con Chile se arregló a satisfacción de los norteamericanos—, y Herbert informó así a su gobierno ⁷³.

⁷⁰ C. Keller R., *La eterna crisis chilena*.

⁷¹ T. F. Mac Gann, *o. c.*, resume los informes.

⁷² H. S. Ferns, *o. c.* Las transcripciones siguientes son de este autor.

El "espectro de una alianza norteamericana-argentina pronto se desvaneció" (para el gobierno inglés), comenta Ferns. También, por el momento, la alianza anglo-germana. Las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos quedaron frías, en parte por las condiciones del empréstito ofrecido, en parte porque arreglado su asunto de Antofagasta a satisfacción de la república del Norte, ésta se puso decididamente del lado de Chile, y, en parte, porque las tarifas aduaneras de 1891 de los Estados Unidos (llamadas *tarifas Mac Kinley*) castigaron la lana argentina exportada a los Estados Unidos. Para peor, en plena negociación de "la alianza" el congreso norteamericano extendió en las tarifas de 1892 a los cueros argentinos, la prohibición existente para la lana. Esto hizo comprender finalmente, si no bastara la oferta "condicionada" de plata, que la política exterior norteamericana no tenía en cuenta, ni en mínima parte, una reciprocidad de intereses ("¿Reciprocidad? ¿Qué demonios es la reciprocidad?", había dicho el *Zar Reed*, poderoso presidente de la cámara de representantes al discutirse las nuevas tarifas aduaneras)⁷⁴.

⁷³ *Ibidem*.

⁷⁴ T.F. Mac Gann, *o.c.*

3. EL ACUERDO Y LA UNIÓN CÍVICA RADICAL (1891-1892)

Los cívicos después de la revolución.

La conducta de Alem enlutando el local de la Unión Cívica el 6 de agosto sin asociarse a la alegría popular, no fue compartido por del Valle, que hubiera preferido canalizar el entusiasmo hacia el partido, al fin y al cabo instrumento visible de la caída de Juárez. El retraimiento cívico, unido a la popularidad de Pellegrini en esos momentos, permitió que *La Prensa* del 8 de agosto comentara: "Se ha salvado a un tiempo el principio conservador del gobierno y el principio salvador de la libertad. El triunfo de la revolución no habría sido una solución, sino el principio de una serie de trastornos".

Los cívicos respondieron con un gran desfile el domingo 10 "para solemnizar el triunfo y en honor de su presidente doctor Alem", manera ésta de vencer su retraimiento.

"Es necesario no olvidar —dijo Alem ante la pirámide de Mayo— que la parte principal de la acción corresponde al pueblo", descartando la actitud del ejército y las intrigas palaciegas en la caída de Juárez. "La revolución iba a estallar otra vez, iniciándose más grandiosa de lo que acababa de ser, pero la renuncia del presidente la ha desarmado", y por lo tanto el vicepresidente pudo apoderarse del poder. Era un simple paréntesis a la obra de regeneración: "La Unión Cívica debe ser continuada con la misma actividad y energía del presente, porque el rayo de luz espiritual que el Creador ha impreso sobre nuestras frentes como nación nos impone sagrados y altos deberes en todas las esferas de la vida..., una moral propia..., nuestra política debe ser un certamen de honor y competencia, el puesto que nos está señalado en la marcha del mundo ..., la retempladora melancolía que produce la conciencia del deber cumplido en su más alto concepto"⁷⁵.

A través de las frases de retórica se advierte el credo regenerador, *radical* se diría dentro de poco, cuyo profeta —o precursor Bautista— parecía ser Alem. No se contentaba con la caída de Juárez ni las medidas moralizadoras de Pellegrini; aspiraba, al renacimiento del espíritu nacionalista tanto tiempo abatido, y a cortar de raíz las prácticas electoreras que no concluyeron, lejos de ello, con la renuncia del 6 de agosto. Esa finalidad más intuitiva que racional será la causa que se opondría al *régimen*.

La Unión Cívica se organizó en toda la República en vista de las elecciones presidenciales de 1892. En Buenos Aires hubo entusiasmo, si no popular (porque el pueblo de inmigrantes ajenos o compadritos logrerros, poco pesaba en la realidad del 90), por lo menos en la juventud burguesa que tenía a Alem por apóstol, en los militantes católicos que seguían a Estrada y a Goyena, y en aquellos mitristas que veían en el apartamiento del general desde 1868 la causa de todos los males. En el interior se adhirieron algunos políticos desengañados de Roca, además de los mitristas.

⁷⁵ "Este balbuceo de corte místico en hombre tan categórico —dice Balestra— marcó el punto en que terminaba el político y comenzaba el apóstol. Ya apuntaba el nuevo credo: regeneración, una moral propia, política certamen de honor" (*o. c.*).

La fórmula del Rosario (16 de enero de 1891).

A principios de 1891 se reúne en Rosario la convención nacional de la Unión Cívica para elegir los candidatos a la presidencia. No puede decirse que hubo elección, porque la fórmula estaba convenida: Mitre sería presidente como se estableció en las horas de la conspiración, y Bernardo de Irigoyen lo acompañaría como vicepresidente⁷⁶.

Mitre, ausente en Europa, se hallaba en la cúspide de su prestigio patriarcal. Su nombre encabezando la fórmula no sólo era un compromiso de honor tomado antes del Parque, sino que significaba la certeza de que el gobierno no amañaría los comicios. Un fraude contra Mitre en 1891 no cabía en la cabeza de nadie, empezando por los jefes militares y concluyendo con el mismo Roca.